

VERDADERAS FORTUNAS

La riqueza del intelecto

Olga de Juambelz

Generalmente la gente llama ricos a quienes tienen bienes materiales, pero ésa no es la clase más importante de riqueza; por ello, la pondremos hasta el final de todas las otras, las auténticas, de las cuales el hombre puede gozar.

Ser rico es, de alguna manera, tener algo más de lo necesario para vivir. Tener riqueza intelectual significa poseer más de lo imprescindible para pensar en los diarios procesos de la vida. Este tipo de fortuna es importante pues se esparce, se reparte espontáneamente brotando a través de las palabras como una semilla que enriquece a otras almas.

No hay mucha gente con verdadera riqueza intelectual. Cierta que existen eruditos, gente con conocimientos profundos sobre una materia, con una cultura en ocasiones vasta. Pero la auténtica riqueza abarca toda la gama de posibilidades del intelecto, esto es: una memoria en la cual esté almacenada una gran dosis de cultura, una capacidad de discernimiento para resolver problemas difíciles al común de los hombres, una posibilidad dialéctica que le permita encontrar a través del razonamiento la ruta adecuada y además un depósito del que se puede tomar toda clase de información.

Tal tesoro es semejante al aroma de las flores, pues se esparce y mientras más se entrega, más de él se recibe a cambio porque el hombre, al compartir su fortuna intelectual y sus conocimientos, se enriquece profundamente. Tal vez sea una de las más bellas formas de ser rico.

Casi nunca la riqueza intelectual suscita alguna forma de envidia, más bien genera admiración y respeto, forma segui-



dores y discípulos, hombres interesados espontáneamente en el poseedor de la fortuna. Claro está que no es fácil ser un rico intelectual. Primero es necesario haber recibido el don del hada caprichosa llamada genética, responsable de que el individuo nazca con una sobredosis neuronal, la cual le permite entender el mundo y sus complejidades más fácilmente que al común de sus semejantes.

También se requiere un nivel importante de entrenamiento persistente. El hombre con riqueza intelectual comienza su preparación a muy temprana edad; empieza leyendo sobre temas diversos, no existe campo de conocimiento que no explore, recorriéndolo con cuidado y tenacidad. Ve, observa, pregunta, siente curiosidad, esa inquietud divina por entender los fenómenos que observa. Este hom-

bre podría contestar cuál es la diferencia entre curiosidad y ciencia; a él no le preocupa sólo el acontecer de los fenómenos, sino buscar la explicación.

La riqueza intelectual surge en ocasiones deslumbrando a quienes la presencian. Recordamos después de 2,500 años a Sócrates y a Platón, los grandes filósofos griegos, con su opulencia intelectual; a Séneca, quien vive en la riqueza de su intelecto; Miguel Ángel, Galileo y numerosos protagonistas de la edad de las luces, Shakespeare, Newton, Rosseau, Lavoisier. Y en nuestra época, a muchos grandes que han hecho de éste el siglo del esplendor de la inteligencia humana.

Un individuo con riqueza intelectual es un orgullo para la raza humana, y un gran contribuidor a su bienestar material y moral. §